



están dispuestas por orden alfabético; pero la mitad están mal colocadas ó descritas; y si yo os dijera que el lenguaje de los dioses ocupa su lugar, porque Homero se entretuvo en hacer semejante ficción, fácilmente juzgaríais del mérito crítico de la obra. Las series más extensas de Wilkins y Chamberlayne, publicadas en Amsterdam en los primeros años del siglo último, eclipsaron completamente esta colección y las subsiguientes de Müller, Ludeke, Starck y otras (1).

Esta fecha nos conduce á una época, en que la ciencia, por imperfectos que permanecieran sus principios todavía en mucho tiempo, extendió á lo menos su cultivo á un campo más vasto, y varió el carácter de sus observaciones de un modo á propósito para preparar el camino á descubrimientos más importantes. Tal vez es esta su ocasión crítica con respecto á la etnografía y la religión.

En el período á que hemos llegado, el nombre de Leibnitz es el eslabon que reúne las ciencias. Si tuviéramos que definir en una sola palabra el objeto de los estudios seguidos por aquel hombre grande, sólo lo podríamos hacer diciendo que era la *filosofía*. Pero sería una injusticia para su fama, porque muchos sábios reclaman y alcanzan el título de filósofos ilustrando en algun modo un solo ramo de la ciencia. El ingenio de Leibnitz era como el prisma de su gran rival. Este sólo rayo, al atravesarle, se refringía en un millar de matices variados, todos claros, brillantes y reunidos por degradaciones casi insensibles, no de sombra, sino de luz. En sus escritos, seguimos el rayo multiforme, penetrando por en medio del terreno de la ciencia; y examinado en su espíritu, descubrimos que todas sus variedades derivan de un principio único, una corriente viva y animada de pensamientos filosóficos. En él encontraron por la primera vez un asilo común, las matemáticas y la filosofía moral, la historia y la filología; y aun las personas profundamente versadas en cada una de estas ciencias en particular, se inclinaban ante la autoridad del hombre que poseía un ingenio bastante vasto para abarcarlas todas y hacerlas concurrir á su mútuo beneficio.

De un hombre tal podemos esperar adelantamientos esenciales en una ciencia en que se necesitaba particularmente la combinación de conocimientos variados. Tal era la etnografía,

(1) *Oratio dominica in diversis omnium fere gentium linguis versa editore S. Chamberlayne*. Ams., 1715. Acompañan á la obra algunas cartas del doctor Nicholson, de Leibnitz y de Wotton.

y también debe á Leibnitz los principios que le permitieron al fin reclamar un lugar entre las ciencias. Aunque por algunos pasajes de sus escritos se supone que apoyó los derechos del hebreo á la primacía del lenguaje, en su carta á Tenzel rechazaba las pretensiones de aquel idioma (1). Como quiera que sea, en cuanto puede extenderse la simple comparación de las palabras, hay que admitir que propuso los primeros principios racionales, y que apenas existe una analogía anunciada por los partidarios del sistema comparativo en los tiempos modernos, que no indicase él en alguna parte. Muchas de sus esperanzas se han cumplido, y verificándose muchas de sus conjeturas.

En vez de reducir el estudio de las lenguas al inútil objeto seguido por los primeros filólogos, descubrió é indicó su utilidad con relación á la historia para seguir el rastro de las emigraciones de los primeros pueblos, y para penetrar la oscuridad en que están envueltos sus documentos más antiguos (2) y menos ciertos. Esta ampliación de fines produjo necesariamente una variación de método. Aunque Leibnitz, en ocasiones y como por vía de solaz se haya dejado llevar de insignificantes etimologías, conoció muy bien que para aumentar la utilidad que quería dar á esta ciencia, era preciso establecer comparaciones entre los idiomas de los pueblos más distantes. Quéjase de que los viajeros no cuidaban bastante de reunir ejemplos de idiomas (3), y su sagacidad le hizo comprender que estos ejemplos deberían formarse con arreglo á una lista uniforme que contuviese los objetos más simples y elementales (4). Exhortaba á sus amigos á reunir palabras en tablas comparativas, á analizar el idio-

(1) *G. Leibnitz opera omnia*, edit. Dut., t. VI, parte II, 232. Exprésase una opinión semejante en una carta que le dirigió Herman Van der Hardt.

(2) «Me parece que no hay cosa que más sirva para juzgar de las conexiones de los pueblos que las lenguas; por ejemplo, la de los abisinios nos manifiesta que son una colonia de árabes.» Carta al P. Verjus: *ib.* pág. 227. «Cum nihil majorem ad antiquas populorum origines indagandas lucem præbeat, quam collatio linguarum.» *Desiderata circa linguas populorum*, *ib.* pág. 223. Lacroce, *Commer. epis.*, tomo III, pág. 79. Lips., 1752, y Reland, *ubi supra*, pág. 78, ven este estudio bajo el mismo aspecto.

(3) «Es una gran falta que los que hacen descripciones de los países y dan relaciones de viajes, se olviden de añadir ensayos de las lenguas de los pueblos, porque esto serviría para dar á conocer sus orígenes.» *Monumenta varia inedita ex Museo J. Feller*, t. XI, Jena, 1717.

(4) *Desiderata*, etc., *ubi supra*.



ma georgiano, y confrontar el armenio con el copto, y el albanés con el alemán y el latín (1). La atención que ponía en sus indagaciones, y su propia sagacidad, le hicieron conjeturar lo que las investigaciones modernas han verificado de un modo curioso; por ejemplo, se sospechaba que podía haber afinidad en las palabras del vascuence y del copto, dialectos de España y Egipto (2); y vereis que el doctor Young ha probado matemáticamente esta conjetura.

Poco hace he advertido que esta época era el instante crítico del estudio de que tratamos, con respecto á la religión y aun á la etnografía: la razón de esto es sencilla. Se había roto ó relajado el antiguo lazo que había mantenido hasta entonces las lenguas en una supuesta afinidad, su derivación admitida del hebreo, y no se le había sustituido ningún otro. Los materiales del estudio, de donde debía brotar la ciencia moderna con sus bellas proporciones, se hallaban entonces en un estado de fusión sin forma ni conexión. Al investigar nuevos materiales parecía que cada día se descubría un nuevo idioma independiente de todos los conocidos, y en consecuencia que se aumentaba la dificultad de concordar las apariencias con la narración de Moisés (3).

Ahora no bastaría ya encontrar un corto número de palabras que se pareciesen algo en tres ó cuatro lenguas, é inferir el origen común de todas. Como ejemplo de este modo añejo; citaré la palabra *saco*, tipo ordinario y favorito de los antiguos etimologistas. Goropio Becano explica que al hallarse esta palabra en tantas lenguas, es porque en Babel, dice cómicamente, nadie se olvidaría de *las alforjas*, aunque dejase atrás lo que dejase, y corroboraba esta aprensión psicológica con su propia observación. Nuestro sabio doctor fué llamado un día para visitar á un alemán acometido de una fiebre cerebral, que en un paroxismo se había dado de puñaladas; y aunque sufría horribles dolores, no consintió que se acercase á él ninguno de los facultativos. «El infeliz», dice Goropio, no veía que éramos mé-

(1) Tomo V, pág. 494.

(2) «Si hubiera muchas palabras vascuences en el copto, esto confirmaría una conjetura que he apuntado: que el antiguo español y aquitánico podía ser procedente de Africa. Me hará usted un favor marcando cierto número de estas palabras copito-vascuences.» *Ibid.*

(3) Suponíase generalmente que el número de lenguas madres no podía ser más que de unas setenta. (Véase á Hervás, *Origen, formación, mecanismo y armonía de los idiomas*, Cesena, 1785, pág. 172).

«dicos, y que íbamos á curar su enfermedad.» Mas á pesar de esta prueba manifiesta de locura y delirio, no se olvidaba de un objeto, del bolsillo de dinero que tenía debajo de la almohada. «No es, pues, extraño, prosigue nuestro filósofo, trasladando diestramente su argumento del contenido al continente y del objeto á su nombre, no es extraño que en Babel no olvidase nadie el nombre de una cosa tan interesante (1).» Sin embargo, los muchos ejemplos de esta palabra que se han recogido, apenas salen de dos familias de lenguas, la semítica y la indo-europea. De la misma manera Court de Gabelini, el último que ha sostenido el sistema antiguo, saca á veces las conclusiones más aventuradas su afinidad universal, comparando entre sí palabras de los diferentes dialectos semíticos ó teutónicos (2).

Ya iba á ser desechado este modo de argüir, y no había ningún principio general que sustituirle. Sólo podía adoptarse en método analítico por el cual se descompusieran individualmente, y se compararan los elementos gramaticales del lenguaje así como las palabras, y no pudiera admitirse ninguna afinidad entre dos lenguas, sin sufrir una prueba muy rigurosa. Parecía, pues, que cuanto más adelante se llevasen las investigaciones, más habían de invadir el terreno privilegiado de la historia inspirada.

Fácilmente se advierte una dificultad sobre este punto en las obras de un autor, que á fines del último siglo sobrepujó mucho á todos sus antecesores en sus laboriosas investigaciones, y acumulando materiales para esta ciencia interesante; hablo del infatigable jesuita don Lorenzo Hervás y Panduro, que dió al público una amplia adición á las indagaciones ya escritas en una serie de obras, las más de las cuales forman parte de su *Idea del Universo*. Es verdad que tenía la ventaja de pertenecer á una ilustre y sabia corporación religiosa que contaba hombres que habían viajado y predicado en todas las partes del mundo. Así, no solamente recibió noticias personales sobre lenguas poco conocidas, sino que pudo también proporcionarse varias gramáticas, vocabularios ó documentos apenas conocidos en Europa. Con estos materiales fué publicando de año en año en Cesena muchos volúmenes (3) sobre

(1) *Ubi supra*, pág. 578.

(2) *Mundo primitivo*, t. III, pág. 30 y sig., Paris, 1775, 1781. Para apoyar su primer principio, dice: «Las lenguas no son más que dialectos de una sola.»

(3) Una de las obras más interesantes y notables de Hervás, es la *Aritmética delle nazioni e divisione*



las lenguas, que tradujeron y sacaron á luz sus amigos en España (1).

El gran mérito de Hervas es su celo infatigable y su actividad para recoger materiales; apenas se encuentra un ensayo de coordinacion sistemática en sus obras; más bien se descubre cierto grado de confusion y falta de discernimiento en sus observaciones. Naturalmente habian de escaparse errores á un autor que recorria un campo tan vasto, en el que tenia que trazarse muchas veces el camino; pero era tan asiduo y diligente para copiar documentos, que á pesar de la reserva con que deben adoptarse sus resultados, el etnógrafo se ve precisado aun en el día á registrar sus páginas en busca de noticias, que las investigaciones ulteriores no han podido proporcionar ó aumentar. Sin embargo, parece que teme á cada paso que el estudio en que se ocupa pueda perjudicar á la revelacion. Es evidente que le atormenta una grande ansiedad para probar lo contrario, y comienza unas obras y concluye otras con largas y trabajosas disertaciones sobre este punto. Pero su modo de tratar la cuestion es difuso y abstracto, y sus conclusiones parece que no se derivan fácilmente de los hechos que trae en testimonio. Las comparaciones de las palabras de diferentes lenguas que presenta en este caso, son poco satisfactorias, porque le basta la existencia de una letra comun para inferir la identidad de una palabra entera (2).

Mientras que los esfuerzos de un sábio y modesto eclesiástico protegian así los intereses de la ciencia en el Mediodía de Europa, en el Norte la estimulan de un modo más brillante la cooperacion personal y el patronato de una emperatriz. Entre los muchos títulos literarios de Catalina II, uno de los más distinguidos, aunque no le mencione su biógrafo inglés en ninguna parte, es el haber concebido, guiado y dirigido despues una grande obra sobre las lenguas comparadas (3). Federico Adelung ha

del tiempo, fra l'orientali. En el *Saggio pratico delle lingue* se halla la Oracion dominical en más de 300 lenguas ó dialectos con análisis gramaticales y notas.

(1) Véase á España por C. A. Fischer, Paris, 1801. La edicion española de Hervas es mucho más completa. *El Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas* (Madrid, 1800 á 1805) consta de seis tomos gruesos en 8.º

(2) Para ver ejemplos de esto, consúltesen el *Origen, formacion, etc.*, y el *Vocabulario polygloto*.

(3) Véase Tooke, *Vida de Catalina II*, quinta edicion. Ni en el cap. 13, ni en el 17 habla de las investigaciones de la Czarina ó de Pallas sobre este punto, aunque se enumeran sus producciones literarias.

tributado justicia á esta soberana en un tratado sobre este asunto. Allí sabemos, segun su carta á Zimmermann, que Catalina habia formado una lista de cien palabras rusas, y habia mandado traducirlas en cuantas lenguas habia podido. Bien pronto descubrió afinidades inesperadas, y comenzó á trazar de su propio puño tablas comparativas. El libro del doctor *sobre la soledad* triunfó de esta obra árida, y entonces la emperatriz se dirigió al naturalista Pallas, á quien dió comision de continuarla y disponerla para su publicacion (1). Como este encargo era contrario á las inclinaciones y estudios anteriores del naturalista y se le habia cometido contra su voluntad, el resultado no podia ménos de ser muy imperfecto, y realmente lo fué (2). Bajo el título de *Linguarum totius orbis vocabularia comparativa Augustissima cura collecta*, salieron á luz los dos primeros volúmenes en San Petersburgo en los años 1787 y 1789; el tercero no se ha publicado jamás; pero en una segunda edicion que dió Jankiewitsch (1790 y 1791) se añadieron los dialectos de Africa.

La Europa recibió un auxilio considerable de las partes más lejanas del Oriente. En el año 1784 se fundó la sociedad asiática en Calcuta, y por su estímulo comenzaron á cultivarse las lenguas del Este y del Sur del Asia, y se publicaron gramáticas y diccionarios de dialectos hasta entonces desconocidos. El término *lenguas orientales*, limitado hasta entonces á los idiomas semíticos, tomó una acepcion más lata; principió á estudiarse el chino, que antes se consideraba como un idioma que era imposible conquistar, hasta que últimamente le han despojado de sus dificultades los sagaces y diligentes orientalistas franceses; y los ingleses cultivaron con gran fruto el sanscrito pasando de sus manos á las de los sábios del continente.

Mas la justicia me obliga á decir que Roma tiene el mérito de haber emprendido la primera el estudio formal de literatura india. Juan Werdin, más conocido por el nombre de P. Paulino de San Bartolomé, publicó bajo los auspicios de la propaganda una série de obras sobre la gramática sanscrita y sobre la historia, mitología y religion de los indios. Aun en vida

(1) *Catherine der Grossen Verdienste um die Vergleichende Sprachkunde*, San Petersburgo, 1815. No fué esta la primera tentativa hecha en Rusia para propagar esta ciencia. Baccmeister publicó el prospecto de una obra semejante en 1773.

(2) Pallas mismo contó poco antes de morir lo que habia ocurrido en este asunto. Véase Klapproth, *Asia polyglota*, Paris, 1823, pág. 7.



le trataron muy mal Anquetil, Duperron y otros criticos franceses; pero le defendieron vigorosamente sus paisanos los Adelung; Abel Remusat tributó despues justicia á su fama, y manifestó que sentia ver que el concurso combinado de los miembros de la sociedad de Calcuta eclipsara todas las tareas que aquel habia hecho sin apoyo ni auxilio de nadie. Tambien conviene notar, que muy lejos de haberse sobresaltado los eclesiásticos italianos con la aparicion de esta literatura nueva y profundamente misteriosa, la recibieron como el anuncio de un progreso importante para el cúmulo de pruebas de la antigua tradicion. El P. Angel Cortenoris, que habia sido mucho tiempo misionero en Ava, expresa esta opinion con particular empeño en una carta escrita al generoso cardenal de Borja (1).

Solamente hablaré ya de otra obra, y pasaré de esta parte cronológica de mi asunto á la exposicion de algunos de sus resultados. Ya debiera haber hecho observar, que desde la época de Chamberlayne se habia publicado una série continua de colecciones de la oracion dominical: la más importante fué la de Hervas. Tal vez hay algo de nuevo en cada una, pero todas contienen los errores de las precedentes. El plan era esencialmente defectuoso como medio de manifestar el carácter de las diferentes lenguas, porque la traduccion de una oracion de tan particular forma puede violentarse más ó ménos en muchos idiomas, y no podria nunca suministrar una prueba tan fuerte como una composicion original de un indigena. Luego estas colecciones estaban dispuestas por orden alfabético, y sin que las acompañase ninguna explicacion filológica ó etnográfica. En vez de mejorar el sistema no hizo más que degenerar, hasta que en manos de Fry, Marcelo y Bondoni, estas obras vinieron á ser ensayos de lujo tipográfico y muestras de la habilidad de los impresores para fundir y emplear alfabetos extranjeros. Sin embargo, una obra hay que merece una excepcion honrosa, y debe contarse, á pesar de sus imperfecciones, entre las más bellas y preciosas de la etnografía: hablo del *Mitridates*, comenzado por Juan Adelung en 1806. Este autor murió antes de publicar el segundo volumen, que salió en 1809, por las diligencias del Dr. J. Severino Vater (2).

(1) Fecha en Udina á 9 de Junio de 1799 despues de haber leído Amarasinha por el P. Paulino; papeles de Borja en el museo de la Propaganda, C.

(2) El Dr. Vater murió el 28 de Marzo de 1826, á la edad de cincuenta y cinco años. Aunque residia en Koehnsberga y Halle, el *Mitridates* se publicó enteramente en Berlín.

Los materiales que le componen se sacaron principalmente de los papeles de Adelung, y extendian á las lenguas de Europa las investigaciones reducidas á las del Asia en el primer volumen; el tercero sobre las de Africa y América se debe enteramente á Vater, y se publicó por porciones desde 1812 á 1816. En 1817 Vater y Adelung el Joven completaron esta preciosa compilacion con un volumen de suplemento, que contiene muchas adiciones importantes, y el baron G. de Humboldt añadió un ensayo interesantísimo sobre cántabro ó vasconce.

En esta obra se abandonó la clasificacion alfabética, y se distribuyeron las lenguas por grupos ó mayores divisiones, cada una con su historia y una descripcion circunstanciada. Hállase en ella una lista de las obras útiles para poseer ó examinar dichas lenguas, y se dan ejemplos de ellas, que consiste principalmente en la oracion dominical. La idea de Adelung sobre el origen de las lenguas, es que la especie humana puede haberlas inventado en diferentes países. Para él no tienen ninguna importancia el arca de Noé y la Torre de Babel, porque no sostiene ninguna hipótesis favorita, y parece que en su opinion el paraíso donde salió la especie humana era el lugar de donde vino la generacion existente, desechando así el hecho de una gran catástrofe que interrumpió la sucesion histórica de los primeros tiempos del hombre. Por ahora no pensamos tratar de estas opiniones, que Adelung nos da como un resultado de sus importantes investigaciones.

Concluida la parte histórica de nuestra materia que nos ha traído precisamente á la época actual, voy á exponer el estado presente de la ciencia, y á hacer ver que sus últimos adelantos confirman la historia de la dispersion del género humano contada en la Sagrada Escritura.

Ya habeis visto cómo al fin del último siglo las innumerables lenguas descubiertas gradualmente disminuian mucho las probabilidades de que la especie humana hubiese poseído jamás un idioma comun; y viniendo á romperse al mismo tiempo ciertas relaciones admitidas generalmente, ciertas analogías entre los idiomas ya conocidos, parecia que la filología comparativa les quitaba todas las pruebas de que se hubiesen separado jamás de un tronco comun. Cada descubrimiento nuevo aumentaba, al parecer, esta perplejidad, y nuestra ciencia debió presentar entonces, á un observador religioso, la apariencia de un estudio que se apartaba cada vez más de las sanas doctrinas,



y no hacia otra cosa que fomentar especulaciones atrevidas ó peligrosas conjeturas. Pero aun en esta época comenzaba á penetrar un rayo de luz en aquel caos de materiales aglomeraciones por los compiladores, y entonces fué cuando se dió el primer paso decisivo para una nueva organizacion, dividiendo estos materiales en masas distintas y homogéneas, en continentes en cierto modo, y en océanos, en elementos estables y circunscritos, y en elementos movibles y variables de que se compone ahora la ciencia.

Las afinidades que al principio se descubrieran vagamente, entre las lenguas separadas en su origen por la historia y la geografía, comenzaron entonces á parecer ciertas y bien determinadas. Se averiguó que existían relaciones nuevas é importantes entre los idiomas, de modo que podían combinarse en grandes divisiones ó grupos de naciones, cuya conexión no había podido descubrirse por ninguna otra investigación. Se averiguó que los dialectos teutónicos recibían considerable luz de la lengua pérsica; que el latín tenía notables puntos de contacto con los idiomas rusos y eslavones, y que no podía comprenderse bien la teoría de los verbos griegos en *phi*, sin recurrir á sus paralelos en la gramática sanscrita ó indiana.

Por último, se demostró claramente que una sola lengua, en la acepción esencial de esta palabra, se extendía á una porción considerable de Europa y Asia, y atravesando por una ancha zona de Ceilán á Islandia, estrechaba con un vínculo de unidad á los mismos que profesaban las religiones más incompatibles, que poseían las instituciones más opuestas, y que casi no presentaban ninguna semejanza de color y fisonomía. La lengua, ó más bien la familia de lenguas, cuya marcha acabo de diseñar, ha recibido el nombre de indo-europea. Como este grupo es naturalmente el más interesante para nosotros, y ha sido el más cultivado, le describiré más circunstanciadamente, y en cuanto á las otras familias, me limitaré á algunas observaciones de paso. En efecto, trazando la historia de este, os hallareis completamente en estado de ver cómo cada nueva investigación sirve cada vez más para corregir la dirección peligrosa de los primeros periodos de nuestra ciencia.

Los grandes miembros de esta familia son el sanscrito, ó el idioma antiguo y sagrado de la India, el persa antiguo y moderno, considerado al principio como un dialecto tártaro (1),

(1) Paw, por ejemplo, hace mención de la afini-

el teutónico con sus diversos dialectos, el eslavon, el griego y el latín, acompañado de sus muchos derivados. A estos, como veremos en último lugar, hay que añadir ahora los dialectos célticos. Siendo el objeto de la enumeración que he hecho abrazar solamente las lenguas admitidas al principio en esta especie de confederación, al tender la vista por el mapa etnográfico que os presento, vereis de una ojeada el territorio que ocupa, es decir, la totalidad de la Europa, excepto solamente los reducidos espacios en que reina el vascuence y la familia fenna ó finlandesa, la cual encierra el húngaro; desde allí se extiende á una gran parte del Asia Meridional, interrumpida aquí y allá por grupos aislados. Sería verdaderamente molesto enumerar los escritores que han probado la afinidad existente entre las lenguas que he nombrado (1), ó entre dos ó más miembros de estas mismas familias. Bastará, para el objeto que nos proponemos, explicar más bien los métodos que se han seguido y los resultados que han dado.

El primer modo de proceder, el más evidente y el que ha conducido desde luego á sacar estas conclusiones interesantes, es la comparación de las palabras en diferentes lenguas. En muchas obras se han dado tablas comparativas de grande extensión: la del coronel Vans Kennedy comprende novecientas palabras comunes al sanscrito y á otras lenguas (2). Las palabras que se ha averiguado que se parecían unas á otras en diferentes idiomas, no son de ningún modo de aquellas que pudieran haberse comunicado por relaciones subsiguientes, sino que expresan los primeros y más simples elementos del lenguaje; ideas primeras, que deben haber existido desde el principio y que apenas varían jamás sus denominaciones. Para no citar los números que exigirían ir acompañados de muchas observaciones, cuando yo pronuncio las palabras, *pader*, *mader*, *sunu*, *doghter*, *brader*, *man vidhava* ó *juvan*, fácilmente podríais suponer que repito palabras de algún idioma europeo; sin embargo, todos estos tér-

dad entre el alemán y el persa, «que es un dialecto del tártaro.» *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, t. II, pág. 303, Berlín, 1770. «La lengua pérsica moderna es un dialecto corrompido de la tártara mongólica.» Hervás, *Catálogo*, pág. 124.

(1) Puede verse una copiosa lista de los autores que han escrito en favor de estas dificultades y de los que las han combatido, en el Dr. Dorn: *De la afinidad de origen de las lenguas pérsica, teutónica y greco-latina* (en alemán), Hamb., 1827.

(2) *Investigaciones sobre el origen y afinidad de las principales lenguas de Europa y Asia*. Lónd., 1828.



minos son, ó sanscritos, ó persas. Escojamos otra clase de palabras simples: *asti* (gr. *ostoun*), un hueso; *denta*, un diente; *eyumen* (zend), *the eye* (ing.), el ojo; *brouma* (al. *braue*), *eyebrow* (ing.), cejas; *nasa*, *nose* (ing.), la nariz; *lib*, *lip* (ing.), labio; *karu* (gr. *hair*), la mano; *genu*, la rodilla; *ped*, el pié; *hrti* (ing. *heard*), el corazón; *jecur*, el hígado; *stara* (ing. *star*), una estrella; *gela*, el frío; *aghi* (lat. *ignis*), el fuego; *dhara* (lat. *terra*), la tierra; *arrivi*, río; *navu* (gr. *naus*), una nave; *glau* (ing. *cow*), vaca; *sarpam*, una serpiente. Cualquiera discurriría que estas palabras son de los idiomas de nuestras naciones vecinas; pues, sin embargo, corresponden á las lenguas asiáticas de que he hablado; y á la verdad, puede llevarse tan adelante esta comparación, que algunos etimologistas, dejándose arrebatar de su imaginación, como Hammer, quieren sacar del persa hasta la palabra puramente inglesa *bed room*, alcoba.

Pero esta coincidencia verbal no hubiera bastado para satisfacer á muchos filólogos, si no la hubiese seguido en tiempo oportuno una conformidad más importante en la estructura gramatical de aquellas lenguas. Bopp fué el primero que en 1816 examinó esta materia con algún grado de exactitud, y por medio de un análisis escrupuloso y sagacísimo del verbo sanscrito, comparado con el sistema de conjugación de los otros miembros de esta familia, desvaneció hasta la última duda de su afinidad íntima y primitiva (1). Desde entonces ha adelantado mucho más sus investigaciones, y ha comenzado á publicar una obra más extensa (2).

Por el análisis de los pronombres sanscritos, los elementos de los que existen en todas las demás lenguas quedan libres de sus anomalías; el verbo sustantivo que en latín se compone de fragmentos que pueden referirse á dos raíces diferentes, encuentra aquí existentes una y otra bajo una forma regular; las conjugaciones griegas, con su complicado mecanismo de voz media, aumentos, reduplicaciones, etc., se hallan explicadas aquí de diversas maneras, que pocos años há hubieran parecido quiméricas. Aun el idioma inglés puede recibir á veces mucha luz del estudio de los miembros lejanos de dicha familia: por ejemplo, ¿dónde buscaremos la raíz del comparativo inglés *better*, mejor? Ciertamente no será en su positivo *good*, bueno, ni en los dialectos teutónicos donde

(1) Franz Bopp, *Sobre el sistema de conjugación de la lengua sanscrita*, etc., Francfort, 1816.

(2) *Gramática comparada del sanscrito, zend, griego*, etc. Berlín, 1833.

existe la misma anomalía. Pero en el persa tenemos precisamente el mismo comparativo *better*, exactamente con la misma significación y formado con regularidad de su positivo *beh*, bueno, lo mismo que tenemos en la misma lengua *badter*, peor, que viene de *bad*, malo.

Habiendo comparado así estas dos lenguas, no puedo ménos de manifestar alguna sorpresa por las observaciones que contiene acerca de este punto la recomendable obra del coronel Kennedy, á la cual he remitido ya. Dice, por ejemplo, «que basta el más ligero exámen de la gramática persa, para demostrar que se diferencia radicalmente de la alemana. El persa y el alemán no tienen ninguna afinidad en las palabras, ni de consiguiente en la estructura gramatical.» No puedo concebir como despues de haber registrado la obra de Bopp, y mucho ménos despues de haber leído cien páginas en las dos lenguas, puede negarse la marcada afinidad de sus gramáticas respectivas. Al mismo tiempo debo hacer la observación, que para establecer francamente una comparación entre ellas, no debemos tomar simplemente el alemán cual hoy existe, sino examinar sus formas más antiguas, cómo se hallan expuestas y probadas en la preciosa gramática de Grimm. Allí descubriremos, por ejemplo, formas del verbo sustantivo que tienen la más íntima relación con la conjugación persa. Pero setenta páginas más adelante nos facilita el sábio autor la refutación de una parte de su aserto, cuando nos dice que se debe notar además que las solas lenguas en que existen palabras sanscritas, son el griego, el latín, el persa y el gótico, y también los dialectos propios de la India. Ciertamente esta afinidad confesada de dos lenguas con una tercera, y que las hace admitir en la familia de que la otra es tronco, á causa de su íntima relación con ella, implica una conexión mútua entre todas ellas. En otro lugar parece que niega toda especie de afinidad entre las gramáticas sanscrita y persa; y en el pasaje que he citado, y aun en otros, excluye claramente el eslavon de esta familia, aunque ahora estén reconocidos generalmente sus derechos para entrar en ella. En el curso de esta obra interesante es sensible ver al autor tan poco inclinado á tributar justicia al mérito de los que le han precedido; y la censura severa que ha ejercido con los otros, ha sido naturalmente la medida de la consideración con que se le ha tratado en todas las revistas de Europa.

Ya veis de una ojeada, y necesitaré tocar otra vez este punto, cómo la formación de esta vasta familia disminuye singularmente el